

Introducción

Mabel Moraña
Directora de Publicaciones, ILLI
Universidad de Pittsburgh

Quizá sería justo comenzar estas reflexiones aceptando la idea de que la trayectoria del semanario *Marcha* (1939-1974) estuvo desde el comienzo recorrida por una marca de excepcionalidad. Desde las condiciones propicias que dieron lugar a su nacimiento, hasta el devastador panorama que marcó su clausura, esa publicación constituyó un ejemplo paradigmático de los efectos que las fuerzas sociales y políticas pueden llegar a imprimir en los imaginarios colectivos y en las prácticas culturales concretas a través de las cuales se expresa una comunidad. Modelo inimitado de fertilidad creativa y pensamiento crítico, *Marcha* surge de uno de los países más pequeños y periféricos de América Latina y pronto se proyecta con una fuerza inusitada a través de fronteras culturales e ideológicas, abriendo un espacio transnacional de diálogo y debate en el que participarían las más prestigiosas figuras de la cultura, la política y la economía internacional. Después de más de treinta años de reconocida y persistente labor, la clausura de *Marcha* señala el final de una era. Arrasada por las dictaduras de los años setenta, la vida civil en el Cono Sur adquiere un carácter kafkiano, marcado por la devastación y la tragedia. El prestigioso semanario sucumbió a la barbarie de la violencia de Estado, incrementando el desamparo no solo del público nacional, sino de un continente que perdía con *Marcha* uno de los más firmes puntos de referencia ideológica y cultural que haya tenido a lo largo de su azarosa historia.

Desde sus páginas responsables y combativas, *Marcha* marcó semanalmente una línea de reflexión que desafió los escenarios intelectuales más convencionales de su tiempo –los que seguían con rigidez caminos engoladamente académicos, o los que desde el periodismo más tradicional se dejaban regir por intereses partidistas estrechos y circunstanciales. Sin sacrificar lo particular a lo general, lo nacional a lo internacional, lo individual a lo colectivo, *Marcha* supo articular, quizá como ninguna otra publicación latinoamericana, las

exigencias de la contingencia con las necesidades de un pensamiento de proyección mayor, internacionalista, volcado hacia debates y horizontes que daban a lo local un sentido más pleno. Ese pensamiento, que tomó a veces giros universalistas y no se negó a cierto vuelo utópico e imaginativo, fue a la vez analítico y especulativo, poético y crítico, político y filosófico. A través de él se ensayaban ideas, se delineaban o discutían proyectos, se diseñaban o criticaban agendas, sin que la urgencia de lo inmediato hiciera perder de vista los contextos históricos o geoculturales más vastos, con los que el Uruguay intersectaba entonces más productivamente que en ningún otro momento de su historia. En este sentido, *Marcha* significó una *interrupción* necesaria y eficaz de los discursos oficiales, y realizó una *intervención* fundamental en las dinámicas de la vida pública.

Operó, así, a nivel colectivo, una transformación que dio a los discursos cerradamente esencialistas de la identidad nacional y regional una dimensión nueva, en la que “lo foráneo” se insertaba productivamente como un registro diferenciado pero asimilable a las lecturas de “lo propio”. Lo nacional no aludiría ya a una mismidad autorreferencial, sino a la especificidad de una historia política y cultural inconcebible fuera de los vínculos que la articulaban a los destinos de América Latina y a las propuestas de un occidentalismo de cuño colonialista que debía ser desafiado y desenmascarado desde las perspectivas específicas de cada sociedad, clase o generación que se enfrentaba a las coyunturas históricas y políticas de su tiempo.

Pero si *Marcha* transgredió fronteras nacionales y culturales y desafió esquemas ideológicos y políticos, fue también un semillero de propuestas en cuanto a la lectura de la textualidad social. Sus artículos apuntaban tanto al análisis económico como a la interpelación de un sujeto social que las páginas del semanario contribuyeron a visualizar en su diversidad de expectativas, en sus grados de percepción política y en sus niveles de formación estética. Desde los más sesudos estudios de economía hasta la atención a la educación, la ciencia y las artes, desde la crítica literaria a la teatral y cinematográfica, desde el humor al más estricto compromiso político, *Marcha* fue siempre, ante todo, una plataforma –y, en muchas instancias, una barricada– desde la que se defendiera el interés colectivo, la justicia social, la democracia, los derechos humanos, sin claudicaciones, aun en las etapas más difíciles de la historia nacional.

El hecho de que *Marcha* fue, ante todo, un proyecto colectivo, no resta relevancia a los aportes individuales que le dieron impulso desde sus orígenes. Los nombres de su esclarecido fundador, Carlos Quijano,

los del filósofo Arturo Ardao y el educador Julio Castro, asesinado por la dictadura, los de algunos de sus más fieles colaboradores, como Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Carlos Real de Azúa, Homero Alsina Thevenet, Mario Benedetti, Eduardo Galeano, María Esther Giglio, Juan Fló, Mercedes Rein, para citar solo unos pocos de los múltiples y leales contribuyentes del semanario, dan muestra del calibre intelectual de la empresa. Al mismo tiempo, a pesar de la relevancia de la obra que cada uno desarrollara independientemente, ninguno de ellos puede ser extraído del contexto de *Marcha*, que encuadrara brillantemente muchos de los más relevantes aportes que estos intelectuales han realizado al pensamiento latinoamericano y al fortalecimiento de la cultura nacional. *Marcha* es producida a partir de un colectivo intelectual y es como producto plural que se proyecta hacia la totalidad del continente, que distingue en las páginas del semanario los perfiles singulares de sus colaboradores tanto como las articulaciones que los organizan en torno a ejes comunes. Son justamente esas afinidades y acuerdos tácitos, esas alianzas estratégicas que no eliminan las discrepancias ni aspiran a un consenso superficial, los que interpelan desde el Uruguay democrático a los demás países de América Latina, que reconocen en los planteamientos del semanario uruguayo preocupaciones propias, conflictos derivados de las mismas raíces que requieren una reflexión compartida en la búsqueda de soluciones de aplicabilidad continental.

Como es sabido, durante más de cuatro décadas *Marcha* hizo mucho más que informar sobre política y economía, y más que analizar la cultura latinoamericana, europea y norteamericana, tareas que de por sí hubieran ya marcado una trayectoria inigualada en el periodismo del siglo xx. También –quizá habría que decir, “principalmente”– presentó propuestas, impulsó movimientos sociales, elaboró lecturas que ponían sobre el tapete del pensamiento crítico los productos de la alta cultura y los de la cultura de masas, impulsando la reflexión sobre el sujeto nacional-popular tal como éste podía ser concebido desde los horizontes ideológicos y filosóficos de la época. Exploró contradicciones, agendas y prácticas sociales, sin olvidarse de los individuos concretos que las diseñan y las protagonizan. Ejerció una crítica fuerte, a veces radical, de las acciones que sustentan las movilizaciones populares y de los intereses, no siempre confesados, que las atraviesan. Instaló, sobre todo, en el espacio crítico de América Latina, una *ética política* que ayudó a delinear, en distintas latitudes, la misión histórica de generaciones que se enfrentaban al desafío de repensar las estructuras del liberalismo desde los horizontes

alternativos que proponía el marxismo, desde la activación social que producían los movimientos de liberación nacional, la resistencia estudiantil, la organización sindical, el antiimperialismo. Como interlocutora tenaz y rigurosa de la Revolución Cubana, *Marcha* fue escenario de análisis, polémicas y discusiones que hacían del espacio cultural transnacionalizado una arena de encuentro y exploración crítico-teórica, en la que se ensayaban ideas y se desplegaban las fuerzas que componían el pensamiento de vanguardia política.

Desde el panorama de la segunda posguerra hasta el más álgido momento de la dictadura militar, *Marcha* fue ejemplo de periodismo militante. Sus colaboradores –algunos provenientes de los partidos tradicionales, otros definibles casi como intelectuales orgánicos de la resistencia de izquierda– fueron al mismo tiempo profesionales insertados fuertemente en el espacio preservado de la alta cultura. Desde estos parámetros sin duda restrictivos, se propusieron, sin embargo, la tarea de revisar, sin concesiones, el repertorio historiográfico, los mitos nacionales y los fraudes económicos y políticos del oficialismo, buscando brechas que permitieran insertar la crítica, la duda, el rigor, como instrumentos liberadores y creativos para que la cultura y, más ampliamente, la sociedad civil, pudieran contener en su centro a sus márgenes, sin exclusiones ni privilegios.

Sin grandes alharacas, la tarea intelectual de *Marcha* fue pionera no solo porque representó una vanguardia política y cultural en el amplio contexto de América Latina. También desde sus páginas se abrieron paso muchos de los debates que, décadas después, pasarían a integrar el repertorio de los estudios culturales, y a ocupar las agendas teóricamente atiborradas del latinoamericanismo internacional. La revisión de los componentes y límites de *lo nacional*, la necesidad de transgredir fronteras disciplinarias, la concepción de la cultura como trama y texto en el que pueden leerse, en registro simbólico, los conflictos sociales, el reconocimiento de las fuerzas que impulsan la formación de subjetividades colectivas, la concepción del campo intelectual como espacio de lucha por el poder representacional, la atención al diseño de políticas culturales, constituyeron ejes de reflexión que fueron transformándose, refinándose y cambiando de signo según las urgencias y desafíos de cada momento histórico y cada coyuntura política. Pero *Marcha* no llegó a caer nunca en un culturalismo banal o esteticista que perdiera de vista las determinaciones económicas que operan en la conformación misma de las matrices de producción cultural y de organización política y social. Los colaboradores más constantes del semanario –y ni qué decir su incansable director–, se

mantuvieron siempre vigilantes con respecto al lugar que ocupan lo económico y lo político particularmente en sociedades de cuño neocolonial y posicionalidad periférica, donde el diálogo con los centros del capitalismo internacional está siempre mediado por la desigualdad y la necesidad de defenderse. Dentro de los grandes diseños globales, *Marcha* trató de definir el espacio de lo local, interpretar las historias que cuentan las peripecias de la cotidianidad y figurar un *modo de ser y de estar* en América Latina donde la dignidad y la independencia ocuparan un lugar prioritario.

Coincido con Tulio Halperin Donghi en la voluntad de evitar, a lo largo del vuelo, una mirada hacia atrás que revele solamente las ruinas del presente. El legado de *Marcha* habla no solo del país que el Uruguay fue, sino también del que pudo llegar a ser, a pesar de todo, en condiciones que nunca fueron ideales. Habla de persistencia, esfuerzo personal, visión política, capacidad intelectual y sacrificio colectivo. Pero también de la fuerza que nace de lo *político*, entendiendo por tal lo que pertenece a la polis, lo que articula y fundamenta el pensamiento de una comunidad, los principios que sustentan sus acciones y búsquedas, las pautas que organizan la movilización popular y ayudan a inscribirla en encuadres mayores. Lo político como el motor que activa lo social y lo dirige al cambio, que promueve y potencia lo cultural y permite hacer surgir nuevos sujetos y nuevas alianzas, y diseñar nuevas cartografías. Lo político, entonces, como una forma de cohesión que permite articular lo privado en lo público, lo inmediato en lo futuro, de acuerdo con principios donde lo contingente adquiere trascendencia. Sin esa plataforma, las acciones colectivas se dispersan y pierden sentido y la sociedad queda a merced de la arbitrariedad y la rapiña.

Nadie duda de que las avenidas de lo político no pueden ser hoy las recorridas en el siglo pasado. La devastación política y cultural provocada por las dictaduras, el costo social de la impunidad, la debacle económica rematada por el neoliberalismo y la reestructuración de las hegemonías auspiciadas por los procesos de globalización hacen necesaria, sin duda, una revisión radical de los imaginarios políticos no solo nacionales sino occidentales, y una recuperación de las tramas que sustentan ideologías, movimientos sociales y alianzas populares. Por esta razón, el proyecto de *Marcha* no debería ser evaluado solamente como una aventura intelectual irreplicable que habría que celebrar y luego archivar, como si se tratara del segmento pasivo de una genealogía nacional y continental definitivamente clausurada. Más bien, valdría la pena retener la idea

de que más allá de sus aportes más puntuales y de su valor puramente epocal, *Marcha* logró construir un modelo de acción intelectual y constituir una práctica cultural paradigmática, que bajo nuevas formas América Latina y particularmente el Río de la Plata necesitan hoy más que nunca, para recuperar un pensamiento crítico que permita visualizar nuevos caminos donde lo colectivo se reivindique como la instancia primera para la reapropiación de lo social. Las nuevas generaciones que tendrán principalmente a su cargo esta tarea, deberán aprender quizá la principal enseñanza que el proyecto de *Marcha* pudo transmitir: la de que la política se hace desde las microhistorias cotidianas, desde el trabajo intelectual que se realiza de cara a los conflictos de cada época, desde la impugnación persistente de los discursos dominantes, desde las alianzas, los frentes, y los acuerdos estratégicos. En este sentido, volver críticamente sobre el legado de *Marcha* es mucho más que un ejercicio académico. Es el intento por reabrir un ámbito de reflexión entre generaciones, espacios culturales, disciplinas, momentos de la historia, e instancias de la vida política. Significa, al menos en la intencionalidad que alentó este volumen, tender un puente entre la evidencia de lo que pudo ser y las expectativas que se abren en el contexto de una redemocratización insuficiente, que clama por una recuperación plena del pensamiento crítico y político tanto para el Uruguay como para el resto de América Latina.

El libro que se ofrece aquí surgió de la iniciativa del Profesor Hernán Vidal, de la Universidad de Minnesota, y fue financiado en gran parte por los fondos provistos por esta institución. Hernán Vidal, chileno y director, durante buena parte de la década de los ochenta, del Departamento de Español y Portugués de esa universidad, contribuyó durante toda su carrera a través de una prolífica obra, pero también con una práctica constante y solidaria, al análisis político y cultural de América Latina, principalmente en los campos de la literatura, el discurso autoritario, los derechos humanos y los movimientos de resistencia a las dictaduras del Cono Sur. Su propuesta de que quienes ahora editamos este volumen nos ocupáramos del legado de *Marcha* es, así, doblemente significativa: primero, porque parte de alguien que es ajeno al interés de exaltación de nuestra cultura nacional, percibiendo más bien la importancia del semanario desde su repercusión latinoamericana. En segundo lugar, porque este interés emerge de alguien que ha priorizado durante toda su carrera el lugar de lo político como espacio para la construcción de la cultura y como

base ineludible del pensamiento crítico. A él va, entonces, por estas razones, nuestro mayor agradecimiento.

Presidido por las palabras certeras del historiador Tulio Halperin Donghi, que reflexiona sobre las circunstancias de surgimiento y sobre la trayectoria excepcional de *Marcha* en el contexto latinoamericano, este libro se divide en cuatro secciones principales, que enfocan diversos campos en los que la contribución del semanario se destacó con mayor claridad. El primero de ellos, “La política en *Marcha*”, se dedica a ubicar la posición del semanario en el panorama político internacional de la segunda posguerra, y a estudiar las relaciones ideológicas entre tercerismo, latinoamericanismo y antiimperialismo. El segundo apartado, “*Marcha* y América Latina”, explora las conexiones del periódico con problemáticas continentales y la función continuadora que tuvieron los *Cuadernos de Marcha* en distintos contextos. Asimismo, se estudia la posición latinoamericanista de Carlos Quijano y la proyección de sus editoriales sobre todo en los años que siguieron a la Revolución Cubana. En tercer lugar, bajo el título “Estudios literarios y campo cultural”, se analizan aspectos vinculados a la crítica literaria y en general a la definición del campo intelectual del que surgían y en el que se insertaban los artículos presentados por el semanario. Finalmente, “Otras cartografías” agrupa, trabajos que relevan los aportes de *Marcha* al estudio de la cultura popular, el discurso humorístico, el cine, etc. o sea el modo en que la cultura letrada que *Marcha* representaba paradigmáticamente se enfrentaba a la imagen, los medios de comunicación y otros discursos que interferían productivamente con las versiones escriturarias de la “alta cultura”. Cerrando el libro, bajo el título de “Testimonios”, se ofrece una serie de evaluaciones o evocaciones provenientes de la pluma de muchos de los más fieles colaboradores de *Marcha*, en los que se recuperan momentos singulares o aspectos específicos de esta publicación, o en los que se da paso a memorias personales, a modo de homenaje a Carlos Quijano y sus colaboradores más cercanos.

En muchos de los artículos ofrecidos, quienes participan en este libro piensan la experiencia de *Marcha* desde horizontes teóricos ya problematizados por los estudios culturales, donde las narrativas críticas intersectan con planteamientos de evaluación política, interés historiográfico, o análisis sociocultural. En ellos se respeta lo que fue la intención principal de esta compilación: mostrar la incidencia de *Marcha* más allá de lo local, pero sin despreciar esta dimensión evidente y necesaria que el semanario atendió a cabalidad. Sobre todo, se preocupan por dejar en claro los términos en los que se abre, se sostiene

y se cierra, a través de las páginas de *Marcha*, un diálogo valiente y riguroso a nivel continental, donde la cultura germinó como una aventura intelectual colectiva, y como forma de la imaginación y de la sensibilidad social.

Deseo agradecer, en mi nombre y en el de Horacio Machín, co-editor de este libro, la paciencia y generosidad de quienes participaron en esta empresa editorial, ya sea ofreciendo sus trabajos, ya como editores y correctores de las pruebas que precedieron al producto final. Sobre todo, nuestro agradecimiento a la Universidad de Minnesota que apoyó este proyecto, fiel a una trayectoria de muchas décadas de impulso al pensamiento crítico producido desde y sobre América Latina.